el camino quo sigue el miedo en la confusion de la noche para introducirse en nuestra alma.

Acerquéme silenciosamente a la puerta de Harriet y apliqué el oido a la cerradura.... ¡Nada!

¿Qué esperaba oir? nada. Harriet dormia probablemente. Y sin embargo, aquel silencio me hizo estremecer.

—¡Harriet! pronuncié en voz baja.

No contestó.

—¡Harriet! ¡Harriet! esclamé alzando la voz.

Siempre el mismo silencio.

Entónces mi mente y mi corazon se llenaron de amargos temores, entreviendo la verdad: lo que tomé por un sueño, habia pasado realmente cerca de mí.

Grité y golpeé con furia en la puerta; pero nadie me respondió.

—¿La habràn asesinado? me preguntàba, miéntras que un sudor helado y frio inundaba mi frente.

Tomé la barra de hierro de la ventana y con ella derribé la puerta del cuarlo de Harriet. La claridad de la luna, que penetraba en la habitacion por una ventan sin cortinas, la alumbraba perfectamante.

La cama de mi hermana estaba vacia.

V.

NOVELA.

—Habian robado la Harriet, continuó Perceval; y las queja que yo habia oido en un sueño eran los gritos de angustia de mi pobre hermana.

Arrojéme hácia la cama desierta y metí la mano entre la ropa, que aun hallè caliente.

Los raptores no debian estar léjos, pero ¿de qué lado dirigir mis investigaciones?

El cuarto en que se habia acostado Harriet tenia tres puertas; una que daba al mio, otra, que yo habia oido cerrar con llave, estaba en el mismo estado, y la tercera, que era muy estrecha y se encontraba a los piés de la cama, cerca de la ventana....

Estevan puso la mano sobre el brazo de Perceval.

—Yo conozco ese cuarto, interrumpiò, que me fué tan funesto como a vos, Frank.... Por esa puertecilla de los piés de la cama es por donde ví entrar dos hombres, uno de los cuales iba enmascarado.... el otro llevaba una luz en la mano.... Mi padre dormia donde mas tarde se

acostó vuestra infeliz hermana.... pero continuad vuestra relacion, Perceval, ya os escucho.

Estevan temblaba cuando pronunció estas palabras. Frank y él estaban pàlidos y sufrian una emocion igual, punzante y profunda. Parecia que la estraña coincidencia que unia en el mismo lugar los recuerdos de sus desgracias, los acercase en este momento y estrechase aún mas los lazos de su mútuo afecto; pero tambien parecia que esta circunstancia diera un color mas lúgubre a la tristeza de cada uno, haciendo mas sombrío su pasado al considerar sobre un punto las dos catàstrofes terribles.

—Me contaron en otro tiempo el asesinato de M. Mac Nab, continuó Frank; pero vagamente.... vos me diréis los detalles.... Acaso no hay mas que un culpable en estos dos crímenes cometidos en el mismo sitio.... Y os amo bastante, Mac Nab, para daros parte en mi venganza.

—Y vos, Frank, sois el solo hombre en el mundo, respondió Estevan estrechándole las manos con fuerza, con quien yo pudiera consentir en hacer comun mi odio por el asesino de mi padre.... ¿Y què hicisteis despues de la desesperacion de vuestra hermana?

—Permanecí un instante anonadado: mis dos manos oprimieron convulsivamente mi cerebro, que rehusaba pensar; mi turbada vista recorria el cuarto en todos sentidos creyendo percibir la imàgen de Harriet.... Lo que pasaba me parecia ser imposible; me decia que nuestras leyes habian purgado, hacia mucho tiempo, los Tres Reinos de aquellas guaridas de bandidos, cuya audacia horrorizaba a nuestros padres.... me decia.... ¡pero la evidencia, la inecsorable evidencia, ahogaba esta duda bienhechora!....

Un instante llegué a creer que habia perdido el juicio.

Me encontraba sentado al pié de la cama, y el momento de turbacion que me hacia incapaz de toda determinacion, duró como un minuto.

Pasado este tiempo, la necesidad de obrar me sacó de aquel estado, y levantàndome de un brinco, me arrojé sin reflecsionar en la oscuridad que habia a la otra parte de la puertecilla abierta.

En otro momento, me habria matado, porque la puerta daba a una escalera de piedra, por cuyos escalones altos, estrechos y gastados se bajaba a una grande profundidad.

—¡Ah! esclamò Estevan; como si hubiese esperado otra conclusion.

De allí a un momento añadiò:

—Es estraño eso, Perceval. Detras de la puerta de que hablais nunca he visto mas que una pared de piedra.

—Os digo lo que me sucedió, Estevan.... por lo demas, no es la primera vez que oigo hablar de esa pared de piedra.... pero aún hay en mi relacion cosas mas estrañas: esperad para sorprenderos.

Me habia yo lanzado sin sospechar remotamente que hubiese allí una escalera: apénas pasé del umbral me faltò la tierra bajo los piés.... La escalera de que os hablo toca materialmente con el umbral, Estevan.

—Entre la pared què yo he visto con mis propios ¡jos Frank, respondió Mac Nab, pared carcomida por el tiempo y que parece tan antigua como el mundo, entre esa pared y el dintel hay el lugar de dos hombres.... y allí creo que es donde estaban escondidos los asesinos de mi padre.

—Bien sabe Dios que no he podido engañarme, continuó Perceval, y que cada una de las circunstancias de esa horrible noche se quedó grabada en mi memoria con

caracteres de sangre. Lanzado de aquel modo por aquella pendiente y tocando apénas con el pié en algunos escalones por casualidad, fuí a caer en la tierra húmeda de un subterràneo, donde permanecí como herido del rayo durante algunos segundos.

Pero solo estaba aturdido; un instante despues me levanté sin el menor daño.

Una completa oscuridad me rodeaba. Sobre mi cabeza, a grande altura, aparecia una dèbil claridad, reflejo perdido de los rayos de la luna, que pasaba por la puertecilla que acababa de atravesar.

Por un instante, tuve la intencion de volver a subir la escalera, porque ¿cómo creer que la via en que la casualidad me habia precipitado, pudiera conducirme hácia mi pobre Harriet? Acaso esta cueva no tenia salida; yo no sabia su forma ni su estension.

Por todas partes se estendia la oscuridad a mi alrededor como un opaco velo.

En el momento en que ponia el pié sobre el primer escalon para subir, un movimiento maquinal me hizo aún volverme para ver si podia atravesar aquel muro de tinieblas en que estaba aprisionado.

Entónces ví un estraño espectáculo, cuya realidad rehusó creer mi razon en un principio, y cerré los ojos para ocultarme la fantástica aparicion que acababa de herir mi vista, y que para que fuese rara hasta lo imposible, me aseguraba en la idea de que mi pobre cabeza se perdia.

Pero cuando abrí de nuevo los ojos ví aún y distinguí perfectamente lo que tanto me habia sorprendido, y en lugar de subir la escalera, me lancé mas adentro en la oscuridad del subterráneo.

A una distancia inmensa, Estevan, distancia de que no puedo formar idea esacta, pero que disminuia los objetos hasta el punto de dar a un hombre la talla de una muñeca, acababa de percibir una ardiente claridad, y a su alrededor, distintos y vivamente alumbrados cuatro ó cinco personages, que marchaban agrupados, llevando enmedio de ellos un objeto blanco.

—¡Hermana mia! ¡pobre hermana mia! esclamé.

Porque desde este momento, adiviné que el objeto blanco que llevaban aquellos hombres, que la grande distancia me mostraba como enanos, era mi hermana, ó acaso su cadáver.

Desde entónces cesó mi irresolucion; era preciso seguirlos a toda costa, y alcanzarlos, a pesar de todo lo que pudiera suceder.

Lo repentino de la aparicion, a una distancia semejante, probaba que el camino que debia seguir no era directo. No habia dos modos de esplicar este hecho: me hallaba en unas galerías subterráneas de una estencion estraordinaria, y la casa de Raudal se elevaba sobre una de las estremidades de estas galerías, la otra, Dios sabe adonde terminaba. El grupo, compuesto de cinco hombres y mi hermana Harriet, caminaba alumbrado por antorchas. Yo no tenia nada que me guiase. El que conducia el grupo conocia el camino, yo lo ignoraba completamente. Pero ¿qué importaba todo esto?

Una sola nocion ecsistia en mí: la certidumbre que habia de peligros de que era necesario guardarse, puesto que la pequeña caravana no habia seguido la línea recta, y se habia mostrado a mi vista de repente al dar la vuelta a una galería cuya pared me habia ocultado hasta entónces la claridad de las antorchas.

Ya conoceis, Estevan, cuán vana era esta nocion, pues solo me advertia de un peligro, sin enseña-me los medios de evitarlo.

El grupo y sus hachas eran mi brújula; yo percibia siempre la nocturna caravana, como se ven las personas desde lo alto de la linterna de San Pablo, cuando uno las mira con el grande anteojo.

Ciertamente, habia poca esperanza.

Tomé el camino, sin embargo, alargando el brazo hàcia adelante, a fin de no romperme el cráneo contra alguna pared del desconocido subterráneo.

El suelo de la galería formaba declive, y como mi marcha era rápida, al poco tiempo creí percibir que los hombres del grupo se aumentaban a la vista.

Redoblóse con esto mi ánimo; pero a medida que avanzaba oía un ruido lejano, que al principio solo habia sido un sordo murmullo.

Era este como el ruido de una cascada que cae de una altura considerable....

—¡El torrente de Blackflood! murmuró Estevan.

—Pensé que no conociais estas galerías, Mac Nab, dijo Perceval, mirando fijamente a su amigo.

Estevan se sonriò con amargura.

—Frank, dijo el jóven médico, vos no teneis en este mundo otro amigo como yo, así como yo no tengo otro cual vos.... no desconfiemos uno de otro.... yo creo adivinar que vos sospechais de mi tio Mac Farlane; pero no tengo ningun motivo para ser de vuestro parecer, porque respeto y amo al padre de mi pobre Clara, y debeis creer que no le defenderia al precio de una mentira.

—Perdonadme, Estevan, balbució Perceval avergonzado; pero harto leal para disimular un involuntario movimiento de duda

Estevan le tendió la mano.

—No conozco los subterràneos de que hablais, prosiguiò este; jamas tuve la menor noticia de su ecsistencia, y aun creo poder asegurar que estàn ignorados en el pais; pero admitiendo su ecsistencia (y sin que yo dude nunca de lo que decís), si los atraviesa una corriente de agua, debe ser esta necesariamente el torrente de Blackflood, que en efecto desaparece bajo la roca de Traqhair, al Sur de las ruinas de Santa María Crew.

—Perdonadme. Estevan, repitió Perceval, en cuanto a las sospechas que pueda tener sobre M. Mac Farlane: vos mismo juzgaréis....

Mucho tuve que andar para llegar al sitio de que os he hablado. El suelo del subterràneo descendia siempre, y aunque la pendiente fuese poco grande, era no obstante continua. A medida que avanzaba, advertia que el terreno era a cada instante mas resbaladizo.

Un aire húmedo se hizo sentir en mi rostro, y el peligro de una caida redoblaba a cada paso.

Poco mas adelante ví una cascada blanca al traves de la oscuridad; allí estaba la cúspide de la vertiente.

Yo continuaba mi camino apesar de la fina lluvia que empezaba a azotarme el rostro, y temia que me detuviese el lago de que debia hallarse muy cerca, y que sin duda era causa de los rodeos que habian hecho las gentes a quienes perseguia; pero ¿què senda era la que llevaban? ¿dónde tomarla?

Vagaba a derecha y a izquierda hasta que al fin me encontré cerca de la pared del subterràneo, que era muy estrecha en aquel sitio.

Despues volví hácia la cascada y ofreciendo mi alma a Dios me arrojé en el torrente.

Al principio me arrastró la corriente con una furia irre-

sistible; pero haciendo esfuerzos desesperados, llegué a un sitio donde las aguas estaban mas tranquilas, como a una docena de brazas de donde me habia arrojado. Entónces un muro negro empezó a interponerse entre mi vista y la mitad del grupo, punto luminoso que me servia siempre de brújula.

Llegué al borde opuesto cerca del ángulo del muro negro, que no era otra cosa que la pared de la galería, y comencé de nuevo mi camino.

El suelo subia por este lado, así como descendia del otro, y yo corria cuanto me era posible, a fin de hacer entrar mis miembros en calor, pues se habian helado con el agua. El grupo se divisaba mas distinto, y por último llegué casi a alcanzarlo, cuando se detuvo de repente: encontrábame bastante prócsimo para poder distinguir una puerta en el muro del subterràneo: abriòse aquella puerta y desaparecieron las hachas.

¡Oh! Estevan, este golpe, que yo debia esperar, me anonadó sin embargo. Cometí la imprudencia de dar muchas vueltas para buscar a lo léjos una claridad, ó cualquiera cosa que pudiese guiarme; pero nada ví y cuando me detuve fué imposible saber qué direccion debia seguir.

Me hallaba enteramente perdido.

Dejéme caer de rodillas, sin fuerzas ya ni ánimo; me quejé como un niño, lloré como una muger, y la blasfemia, compañera de toda debilidad, asomó a mi labio.

Pero Dios habia señalado esta noche para llevar al colmo mi martirio, y me habria tenido por muy dichoso en morir, perdido en la oscuridad de aquellas inmensas galerías.

En el momento en que mi desesperacion me clavaba inerte al suelo húmedo del subterráneo, oí resonar a lo léjos el paso de un hombre, y una voz que cantaba algunas coplillas campestres.

Deslicéme fuera del camino y me sostuve en pié contra el muro de la galería miéntras pasó el hombre que cantaba, en el que creí reconocer a Saunie nuestro postillon, y procuré seguirle.

Saunie no llevaba luz, pero cantaba sin cesar, y por otra parte el ruido de su pesado paso habia bastado para guiarme.

Marchamos aún algunos minutos (yo calculo haber permanecido al todo en el subterráneo como una media hora), al cabo de los cuales oí como se abria una puerta, y el ruido de los pasos de Saunie cesó de pronto.

Volvíme a encontrar solo y sin guia; pero me pareció percibir una débil claridad delante de mí.

Aquí fué donde yo pude juzgar, ó mas bien conjeturar la inmensa estension del subterràneo. La claridad que habia entrevisto venia de afuera y la creia el reflejo de una luz artificial, porque los rayos de la luna no podian penetrar hasta abajo. Aquella luz daba sobre un lienzo de pared donde estaba precisamente la puerta por la cual habia desaparecido Saunie, y ántes que este, sin duda, el grupo que conducia a mi hermana.

Del sitio en que me hallaba no podia ver aún de donde salia la luz, y podria haber errado muchos dias en aquel tenebroso laberinto, si la muerte no se atravesaba en el camino....

Por fin, divisé, a una grande altura, un agujero que me dejó ver un cielo estrellado.

Desde abajo me pareció que el agujero tenia una reja de fierro: vos la conoceis sin duda, Estevan, porque debe venir al nivel del suelo.

Mac-Nab vaciló.

—Allí hay, dijo este, el agujero llamado *Greedy Hole*, donde el antiguo *laird* Crewe hizo hechar, segun la crónica, mil carros de tierra, y no pudo llenarlo....

Yo mismo he dejado caer a menudo piedras gordas, y nunca he oido el ruido que hacian al llegar al fondo.

—¿Y dónde está situado ese agujero? preguntó Perceval.

—Cincuenta pasos al frente de la gradería de Crewe, contestó el jòven médico.

—De modo que yo estaba bajo el patio de la casa, continuó lentamente Perceval, y el espacio que hay a la otra parte de la puerta debe estar debajo de la misma casa.

—Así lo creo, murmuró Estevan; ¿qué hay pues, mas allá de esa puerta?

—Hace mucho tiempo que os habria confiado esta lúgubre historia, amigo mio, continuó Perceval en vez de responder, si no tuviera en el fondo de mi corazon una sospecha terrible y que viene a confirmarse de una hora a esta parte, por cada una de vuestras palabras.

No me interrumpais; mi intencion es de no ocultaros nada.

Empujé la puerta, que se abrió con facilidad, y se cerró por sí misma cuando entré.

Un ruido confuso de cantos vino a herir mi oido.

Palpondo en la oscuridad hallé otra puerta, que cedió como la primera. Escapóse un grito de sorpresa y cerré los ojos, heridos por el brillo deslumbrador de mil luces, que reflejadas en las facetas de innumerables cristales, cegaban la vista.

VI.

ORGIA.

El parage en que me habia introducido de improviso, continuó Frank Perceval, era una vasta sala abovedada, cuyo espléndido alumbrado me hirió tanto, a causa de la oscuridad profunda de que acababa de salir.

La pieza tenia la forma de una nave, y creo que debió haber servido en otro tiempo de capilla católica, ya en la época de las primeras persecuciones que sufrieron los cristianos en nuestras islas, ò ya en la de las mas modernas que trageron las reformas.

En el estremo de la nave y en el lugar en que ordinariamente está el altar mayor de una iglesia, se elevaba un tablado sobre el que muchos músicos, vestidos con brillantes trages teatrales, componian una orquesta completa.

En el centro habia una grandísima mesa, cubierta de botellas y de esquisitos manjares, al rededor de la cual